

LA VOZ DE MULA

SEMANARIO INDEPENDIENTE, DE INTERESES AGRÍCOLAS, LITERATURA, NOTICIAS Y ANUNCIOS.



Año I.

26 de Mayo de 1889.

Núm. 4



SUSCRICION

En Mula, 50 ctmos. al mes.—Fuera, 2 pesetas trimestre.—Pago anticipado.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

MARMOLILLO, 3.

ANUNCIOS.

Se reciben en la Administracion de este periódico.—La correspondencia al director.

LA VOZ DE MULA.

ALGO DE INTERES LOCAL.

Como prueba del deseo que sentimos de complacer en cuanto nos sea dable á todos los lectores de este humilde semanario, nos proponemos ir dedicando algunas de sus columnas á la defensa de las clases de esta localidad más necesitadas de protección.

Y como la principal, la que es el alimento, el pan de la familia, la que es nervio, digámoslo así, del trabajo, de la industria, del comercio, la que es base esencialmente constitutiva de la sociedad y debía ésta considerarla y tratarla como á hija predilecta, como la clase labradora, en fin, por ese cúmulo de contrariedades que la persiguen y la agobian (contrariedades de cuyo origen no nos es dado ocuparnos por la poca extensión de este periódico), como quiera decimos que los labradores son hoy sin disputa los más dignos de atención; á ellos cedemos la triste preferencia dedicándoles estos cuatro renglones.

Ya se comprenderá que no nos referimos á esos labradores que cuentan con algunas otras obervaciones, sino á esos otros que dependen exclusivamente de la labranza ó *labrancia* como dicen ellos, y que por desgracia tanto van abundando en el término de este municipio.

Para estos infortunados que los más viven del pueblo á algunas leguas que tienen que recorrer por vías de comunicación en el peor estado, intransitables cuando acocoran lluvias; no hay participación en los beneficios de la pública enseñanza ni en ninguno de los recursos y distracciones que el ayuntamiento proporciona en la población ni siquiera obtienen, en muchos casos, los auxilios de la religión. Para ellos no existe nada de esto, sino por el contrario gabelas y vejámenes. No los visita el médico en sus enfermedades ni persona que los consuele y socorra en sus aflicciones y necesidades; mas lo hacen frecuentemente el comerciante, el veterinario, el artesano, para exigirles el importe de sus cuentas respectivas; el comisionado de apremio para embargarlos si es que algo poseen que poder aplicar al pago de contribuciones; el empleado de consumos más inflexible y severo si es que el comisionado, á reclamarles, á cobrarles á toda costa la cuota que les ha correspondido por dicho impuesto, no siempre repartido por dicha equidad que corresponde.

Por esto y porque, como todos sabemos, el producto de la tierra no alcanza generalmente á cubrir el importe del trabajo y gastos indispensables para obtenerlo; es muy frecuente el ver á esos seres huérfanos de

Mecenas cuya honradez ha resistido todas las pruebas, sin otro de íto que el no poder absolutamente cumplir sus compromisos, después de haber sacrificado cuanto poseían, de agotadas sus fuerzas, de perder hasta la salud, es muy frecuente oírnos á decir, verles despedidos por los años, no porque no los compadezcan en su desventura, sino por que también necesitan indispensablemente del producto de sus tierras que aquellos no pueden ya sacar; es muy frecuente, repetimos, ver á esos verdaderos mártires perseguidos y vejados hasta sucumbir de miseria y de dolor, si es que no emigran cual nuevos israelitas, de este para ellos Egipto, en busca de la tierra de Canaan.

Y si esto ocurre actualmente ¿aprovechará esta nuestra pluma que tan mal cortada está para trazar el verdadero cuadro de horrores que el labrador ofrece cuando llegan los años tan frecuentes en esta región, en que los sembrados se ven invadidos por tanta plaga ó en que las lluvias no contribuyen á fertilizar nuestros campos?

Quizá se nos tache de pesimistas y sentiremos no tenga razón, quien tales nos juzgue; mas nadie nos negará que la situación de los labradores de este país, se vá haciendo insoportable hasta tal extremo que si se retrasa el socorro que desesperadamente demanda, los campos irán quedando abandonados y en su muerte arrastrará esta clase á las otras de que es sosten según indicado queda y muy especialmente á la propiedad cuya suerte está á ella tan íntimamente ligada.

LA ESCUELA.

¿Quién no recuerda complacer y satisfacción cumplida las horas felices que allá en nuestra tierna infancia pasábamos reunidos con nuestros compañeros en este santo templo de la educación primera, ante-sala del gran palacio de la ciencia? ¿Quién no recuerda absorto aquellas infantiles escenas que á la entrada y salida de las aulas, se sucedían entre nuestros amigos, niños como nosotros entonces y hoy hombres de reflexión madura los menos, fijos cadáveres los más? Todavía se hallan grabados en mi memoria con imperecedero recuerdo, muchos de aquellos episodios nacidos espontáneamente de nuestros corazones de niño ajenos por completo á las luchas de la razón, desprovistos de toda vanidad mundana y de todo sentimiento odioso; todavía se enerva en mi espíritu, se rejuvenece mi corazón y hasta parece que late con mas violencia á la presencia de aquellos recuerdos; recuerdos de la infancia, si; pero recuerdos que en mas

de una ocasión, tienen su aplicación práctica en la edad madura, y á los cuales pertenece indudablemente, el que paso á relatar:

Era una mañana fría del mes de Enero, la hora de entrar á la escuela se aproximaba y todos los niños nos íbamos reuniendo á la puerta del local donde estaba instalada, á esperar que el reloj de la villa tocara ocho campanadas: los más aplicados y por consiguiente los más madrugadores, (que por cierto eran bien pocos, si se atiende á la hora de la entrada y al mes en que tiene lugar la escena que relato), ya se impacientaban, pues el intonso frío que en la calle se hacia sentir, no era nada agradable; y empezaban á murmurar del reloj que perezoso como siempre, aquella mañana tenía á bien solozarse en su lecho de piedra, y no madrugar tanto como los infantiles estudiantes deseáramos; más un acontecimiento imprevisto vino á cortar el hilo de nuestras murmuraciones, obligándonos á fijar en él nuestra atención: á dos pasos de distancia de nosotros, presentóse una mujer arrapienta que á juzgar por su apariencia, no debía pertenecer ni con mucho á la clase acomodada, conduciendo de la mano á un niño de nuestra edad, aterido de frío y tan pobrementemente vestido, que excitó la compasión de todos los circunstantes; dirigieronse á nosotros á preguntarnos la hora en que á la escuela se entraba, pregunta á que contestó uno de mis camaradas, manifestándonos con desvío, que á las ocho, en el preciso instante en que el sonuoliento reloj, daba con pausado acento la primera campanada: abrióse la puerta de la escuela, el profesor presentóse en ella con su acostumbrada gravedad, y precedidos de nuestra interlocutora y su pequeño acompañante; fuimos entrando poco á poco hasta el último escolar, dejando con ello reposar á los cómodos vecinos, á cuyo tranquilo sueño se oponía seguramente nuestra horrible gritería. Inútil creo decir, que todas nuestras miradas se dirigieron al andrajoso compañero, que sin duda alguna iba á serlo desde entonces, y todos ciframos nuestro interés en observar la contestación que diera el profesor á aquella pobre madre, que venía á encomendarle la educación de su hijo; así fué en efecto; y como caso singular y raro durante el tiempo de permanencia en el local de aquellos dos seres, un profundo silencio reinó en la escuela, solamente interrumpido por el eco que produjera el diálogo que el profesor con el niño y su madre sostenía. Por fin debido á las muchas y reiteradas súplicas de aquella infeliz mujer fué admitido en la escuela Ruperto, que este era el nombre de nuestro héroe, parando á formar parte del grupo que componía la sexta y última sección; de lo

5125
1000
1000
1000
1000
1000
1000
1000
1000
1000

